

do ya la policía rodeaba su casa, acusado el maestro de complicidad en los desórdenes y tiroteos del Teatro Villanueva. Fue un acto emocionante a beneficio de los insurrectos, en la noche del 22 de enero, que coincidió con la aparición de "La Patria Libre".

Grupos entusiastas de mujeres cubanas: criollas de alcurnia, señoras de la clase media, guapas señoritas habaneras, ataviadas con la bandera azul y blanco de la insurgencia y de la cubanidad, irrumpieron en la función del Villanueva. Y se armó esa noche la de Dios es Cristo, entre vivas a Cuba, mueras a España y nutridos disparos de guardias y *voluntarios* contra la concurrencia.

Encarcelado el señor Mendive en el Castillo del Príncipe, lo mandarían después al destierro. Cerca de él estuvo siempre Martí, en la prisión con sus visitas, en el exilio con sus cartas. Y como el Colegio de San Pablo fue clausurado por las autoridades el 23 de marzo, decidió don Mariano que Pepe trabajara. Y trabajó Martí en un almacén como contable y escribiente, de las seis de la mañana a las ocho de la noche, "por cuatro onzas y media" que ponía, devotamente, en manos de su padre.

Mas he aquí que para el 21 de octubre ya están presos los jóvenes Eusebio Valdés Domínguez —hermano de Fermín—, Manuel Sellén y Atanasio Fortier —"el francesito", a quien protegió y pudo libertar el Cónsul de Francia—, confesos y convictos de haber lanzado cáscaras de naranja a un batallón de presuntuosos voluntarios; y los amigos inseparables, José Martí y Fermín Valdés Domínguez, porque la policía ha encontrado un documento comprometedor, con la firma de los dos adolescentes.

"A Carlos de Castro y Castro —decía el papel—. Compañero: ¿Has soñado tú alguna vez con la gloria de los apóstatas? ¿Sabes tú cómo se castigaba en la antigüedad la apostasía? Esperamos que un discípulo del señor Rafael María de Mendive, no ha de dejar sin con-

testación esta carta.—José Martí. Fermín Valdés Domínguez".

* * *

En cárcel honrosa tenemos, pues, a José Julián, quien no se amilana por los padecimientos y habla de felicidad, de los tropiezos de la vida y, a sus cortos años, del cuerpo y el alma de las mujeres. Vale la pena transcribir unos cuantos párrafos de la carta que escribió a doña Leonor, desde su celda, el 10 de noviembre de 1869:

"Madre mía: . . . Mucho siento estar metido entre rejas, pero de mucho me sirve mi prisión. Bastantes lecciones me ha dado para mi vida, que auguro que ha de ser corta, y no las dejaré de aprovechar. Tengo 16 años y muchos viejos me han dicho que parezco un viejo. Y algo tienen de razón.

" . . . Es verdad que usted padece mucho, pero también lo es que yo padezco más. ¡Dios quiera que en medio de mi felicidad, pueda yo algún día contarle los tropiezos de mi vida! . . . Nada me hace falta, sino es de cuando en cuando 2 ó 3 reales para tomar café —pero hoy es la primera vez que me sucede. Sin embargo, cuando se pasa uno sin ver a su familia ni a ninguno de los que quiere, bien puede pasar un día sin tomar café. Papá me dio 5 ó 6 reales el lunes. Dí 2 ó 3 de limosna y presté 2".

Expresa a continuación el deseo de ver a sus hermanitas, y es aquí donde habla de las mujeres. Cita también al señor Mendive, y termina su deliciosa carta pidiéndole a su madre la bendición y que le mande libros de versos:

"Tráigame el domingo a alguna de las chiquitas. . . Esta es una fea escuela; porque aunque vienen mujeres decentes, no faltan algunas que no lo son. Tan no faltan, que la visita de 4 es diaria. A Dios gracias, el cuerpo

de las mujeres se hizo para mí de piedra. Su alma es lo inmensamente grande; y si la tienen fea, bien pueden irse a brindar a otro lado su hermosura. Todo conseguirá la cárcel, menos hacerme variar de opinión en este asunto.

“...En la cárcel no he escrito ni un verso. En parte me alegra, porque ya usted sabe cómo son y cómo serán los versos que yo escriba... Aquí todos me hablan del señor Mendive, y esto me alegra... Mándeme libros de versos y uno grande que se llama *El Museo Universal*. Dele la bendición a su hijo. Pepe”.

* * *

Con su gran fervor por la amistad, a pesar de las protestas de Fermín, quien declaraba ser responsable del escrito contra el compañero apóstata, logró convencer a Martí a los jueces de que eran suyas la redacción y la letra de la carta. Pena de muerte pedía el fiscal Lanzas y Torres para el culpable, por insultos a la Escuadra de Gastadores del Primer Batallón Voluntario de Ligeros, y por sospechas de infidencia”.

Sumamente severo era el fiscal. Seis años de presidio fue la sentencia para Martí, y seis meses de arresto mayor para Valdés Domínguez. A los otros dos estudiantes, Sellén y el hermano de Fermín, los de las cáscaras de naranja, se les expulsó de la Isla por tiempo indefinido.

¡Y a cumplir la condena! De la cárcel de La Habana fue trasladado Martí a los tormentos del presidio, el 4 de abril de 1870, en las horribles canteras de San Lázaro. ¡Grillete en el tobillo! ¡Cadena de cuatro eslabones colgada a la cintura! Picó piedra bajo el sol tropical y bajo el látigo de los “brigadas”. El terreno calizo era como fuego que le llagaba los pies. Su resplandor le hacía supurar los ojos. Y los grillos y las cadenas le mordían de tal modo la carne, que para el resto de su

vida quedó marcado con úlcera maligna, padeciendo hasta su muerte las consecuencias y los dolores de aquel suplicio.

Pudo visitarlo varias veces don Mariano. Hombre fuerte y rudo —ya lo hemos visto—, palidecía sin embargo de indignación y de angustia, al darse cuenta de las atrocidades del presidio. ¡No: eso no era España!, pensaría el buen celador. Y acaso por primera vez en su vida, mientras estrechaba contra su pecho al hijo primogénito, lloró sin disimulo y sintió que resbalaban sus lágrimas sobre el tupido bigote.

Pero a Martí, antes que lo suyo propio, le atormentaba el sufrimiento de los demás: de otros prisioneros que gemían y se doblaban, sangrantes las espaldas por los azotes; que se iban muriendo; que se iban acabando. Y le preocupaba también, hondamente, el recuerdo de doña Leonor y de sus hermanas pequeñas, cuyas alegres risas estarían apagadas —¡por su culpa, por cumplir con su deber!— en la amargura y la tristeza del hogar paterno.

Le escribe entonces a su madre con cariño inmenso; y el 28 de agosto de 1870, casi a los cinco meses de llevar cadenas, quiere darle ánimos con recados de tanta delicadeza como éste:

*Mírame, madre, y por tu amor no llores:
Si esclavo de mi edad y mis doctrinas
Tu mártir corazón llené de espinas,
Piensa que nacen entre espinas flores.*

* * *

El opulento empresario catalán José María Sardá Gironella, de mucha influencia en la Capitanía General, arrendatario además de aquel infierno blanco que eran las canteras, consiguió el indulto de Martí. Se le trasladó entonces a La Cabaña y después a la Isla de Pinos,

el 13 de octubre. Seis meses había pasado en el presidio de San Lázaro, y casi un año sin libertad, a partir del 21 de octubre de 1869, cuando él y sus compañeros fueron detenidos y encerrados en la cárcel de La Habana.

Bajo la garantía personal del señor Sardá quedó recluso el prisionero. Lo aloja el catalán en su finca *El Abra*, en la citada Isla de Pinos, hasta su deportación a España el 15 de enero de 1871. Al atardecer de ese día levó anclas el vapor correo *Guipúzcoa*, con dirección a Cádiz. A bordo, bien vigilado, se encuentra José Martí.

Sobre cubierta va el joven rebelde, sin salud pero con fe; físicamente quebrantado, pero espiritualmente robustecido; sin más fortuna que unos pequeños ahorros de los suyos, pero con la riqueza de su talento privilegiado, con el tesoro inigualable de su hombría, que se ha forjado hasta la madurez. ¡Y apenas se acerca a los 18 años!

Humedecidos los ojos, ve Martí cómo se aleja el barco de la costa. ¡Cuántos recuerdos! Sus padres, sus hermanas, sus amigos, su maestro Mendive, que del exilio en España pudo escaparse a Nueva York. Al pensar en ellos le parece que no hay pasado, que sólo hay presente en cosas profundas del corazón. ¡Cómo siente que los lleva a todos dentro de sí mismo!

Y al conjuro de los seres queridos, de quienes lo han amado y estimado y en él han puesto su confianza, olvida lo que ha hecho, olvida incluso lo que ha tenido que sufrir, para centrar su pensamiento en lo que hará, en lo que debe hacer.

¿Enfrentarse a la vida para ganar el pan? No es problema que lo arredre. ¡Ganar la independencia de su patria es lo que le preocupa! Para eso lleva, todavía en apuntes, *El presidio político en Cuba*. Lo publicará llegando a España. Y en mitad del océano cobra fuerza lo que dirá más adelante: "Por Cuba que sufre, hasta la última luz y hasta el último aliento".

EN EL DESTIERRO DE ESPAÑA

YA tenemos al cubanita en la capital del reino. Pocas semanas antes ha caído asesinado don Juan Prim, conde de Reus, el ilustre general español tan grato a Hispanoamérica, por su actitud inolvidable contra la invasión de México, que ya tenía preparada Napoleón III en 1862.

Comentarios van y comentarios vienen, además, porque Amadeo de Saboya, duque de Aosta, acaba de ocupar el trono de los Austrias y de los Borbones. Desde la caída de Isabel II en 1868 —mismo año del Grito de Yara—, no tenían los monárquicos a quién ponerle la corona. Hasta que después de largas negociaciones encontró testa para ella, en la persona de otro príncipe extranjero, la regencia accidentada del general Serrano.

Se relaciona el joven rebelde José Martí. Procura aclimatarse. Se aloja en posada humilde. Para comer, al menos, da clases a los menores de la familia Alvarez Torrijos. No está bien de salud. ¡La úlcera que le dejó el presidio! ¡Las huellas de latigazos en la espalda! Pero ríe con el ingenio, las bromas, los epigramas, la frivolidad alegre y contagiosa de Madrid.

Cuchufletas sobre el monarca importado, a quien los desafectos al régimen comparan con el intruso José Bonaparte. Cuchufletas acerca de *la Borbona*, radicada y haciendo de las suyas en París. Rumores sobre quién mandó matar a Prim. Zumba implacable para el que

ha sido jefe de la regencia: para este general don Francisco Serrano y Domínguez, conde de San Antonio y duque de la Torre, ayer liberal, luego moderado, hoy sa- boyano, a quien todos apodan *el Judas de Arjonilla*.

Nuestro sensitivo José Julián empieza a conocer el verdadero espíritu español. ¡Esta España no es la misma que atormenta y mata en Cuba! Visita el Ateneo y otros centros de cultura. Se pasa horas enteras en el Museo del Prado. Admira los mejores cuadros de Velázquez, El Greco, Zurbarán, Goya y otros maestros de la pintura verdadera, que no necesita explicaciones para ser interpretada. Se detiene ante *La maja desnuda*, y le parece más, mucho más interesante que *La maja vestida*. Escribe sus impresiones sobre arte y temas literarios, pero no olvida sus cuartillas para *El presidio político en Cuba*.

Lo animan varios compañeros de la Universidad Central, en la que ha podido matricularse para que no sigan interrumpidos sus estudios. Figura entre los universitarios un nuevo amigo y compatriota, de origen francés, Carlos Sauvalle, quien le ofrece cuanto sea necesario para que se pueda imprimir y distribuir aquel trabajo. El y otros estudiantes lo han leído con delectación, y ya la muchachada liberal, que sueña también con la República, le ha dado el visto bueno.

* * *

Bien puede sentirse, y se siente satisfecho, nuestro José Martí. Ha estado enfermo, ciertamente. Ha tenido que enfrentarse a la pobreza. El crudo invierno de Madrid y el viento glacial del Guadarrama, por otra parte, le han hecho tiritar y deprimirse, con la misma nostalgia de Cuba y del Caribe que habían sentido en Valencia doña Leonor y don Mariano.

Pero nuevas clases particulares a niños de "familias bien", que le ha conseguido la guapa viuda doña Bar-

barita Echeverría, han mejorado su situación para ir pasando. Con el alivio de mejores ingresos entró, también, la primavera. Ha salido el sol; ha cambiado el clima; los jardines están llenos de flores. ¡Y desde hace algunas semanas circula y se comenta su folleto!

Adhesiones de la emigración cubana. Simpatía en los círculos más avanzados del país. Estimación y afecto para el valeroso estudiante de encendida prosa. Aunque pálido y endeble se le ve animoso al joven, sacando fuerzas de flaqueza para seguir adelante su cruzada. Y cobrará ímpetu mayor el esfuerzo de Martí, al recibir noticia de que en La Habana han sido fusilados, el 27 de noviembre de 1871, ocho estudiantes de medicina. Treinta y cinco muchachos más han sido condenados a presidio.

"¡Hay que hacer algo!", le dirá Martí a Sauvalle. Y se ponen los dos en movimiento; hablan con periodistas amigos; acuden a las redacciones de los diarios, consiguiendo al fin que la prensa liberal inicie una campaña memorable. ¡Hasta las Cortes llega la protesta! Se ordena entonces una investigación, y se resuelve que sean puestos en libertad los detenidos. Entre ellos figuraba Fermín Valdés Domínguez, quien milagrosamente había escapado de que lo pasaran por las armas.

* * *

Respecto a esta terrible inmolación de estudiantes, "lo que más encolerizaba y dolía —palabras de Raúl Roa en el Teatro Principal de Camagüey, 27 de noviembre de 1943—, era la inocencia y el candor de las víctimas, casi adolescentes; pero, al mismo tiempo, renovaba el coraje y movía a orgullo fiero la manera airosa con que se encararon a las balas asesinas, el estilo de héroes y la dignidad de mártires que asumieron frente al paredón de fusilamiento..."

"...Morían como insurrectos, como mambises, como

laborantes, como cubanos. Morían como suelen morir los creadores de pueblos: el último aliento convertido en simiente de vida”.

“¡Póstrense de hinojos en la tierra, tiemblen de remordimiento, giman de pavor los que en aquel tremendo día ayudaron a matar!” Así terminaba una proclama que escribió Martí, y que fue repartida en hoja suelta en la propia capital de la metrópoli, al cumplirse el primer aniversario del asesinato. Y con la proclama su oda desafiante: *A mis hermanos muertos el 27 de noviembre*, de la que entresaca Rafael Estenger el verso famoso: “¡Cuando se llora como yo, se jura!”

Grito de protesta, reto a las autoridades, sordas, ciegas, torpes, que seguían empleando el terror contra la dignidad cubana. Pero a los que alzaban su voz en Madrid o en las provincias, nadie los amenazaba ni los perseguía.

¡Tiempos aquéllos, siquiera en lo interior, tan diferentes de la época fernandina o de la moderna hispanidad franquista, que a falta de colonos en ultramar, para humillarlos y escarnecerlos, ha hecho de la misma España un enorme campo de concentración!

Era el buen paréntesis de Amadeo de Saboya, sin plumas de Mussolini; sin aviones de Hitler; sin empréstitos de potencias llamadas democráticas; sin Falanges ni moros en su guardia; sin el piadoso amor de Franco por los sistemas purificadores del cadalso y de la Inquisición.

* * *

Sin duda que Valdés Domínguez anduvo de por medio en lo de repartir proclamas, y en lo de pegarlas en muros bien situados. Porque ya está Fermín en Madrid. Salvado del presidio, lo embarcaron también a España. Y en España lo tenemos desde julio de 1872, cooperando

en toda forma con su entrañable amigo y compañero de la infancia.

Se reúnen con los emigrados, asisten a diversas tertulias, concurren a logias masónicas, suman voluntades. Decididos, esperanzados, aprovechan la abdicación de Amadeo y la instauración de la República, en febrero de 1873, para dar una nueva batalla por la liberación de Cuba. Circula a la sazón otro folleto de Martí, *La República española ante la Revolución cubana*, con argumentos irrefutables. Pero el nuevo gobierno demuestra la misma incompreensión que los monárquicos.

Ni el primer Presidente don Estanislao Figueras; ni la noble figura de Pi y Margall; ni don Nicolás Salmerón; ni don Emilio Castelar; ni el Ministerio-regencia presidido por Cánovas del Castillo mientras se tambaleaba el régimen republicano, en diciembre de 1874 —al compás de la gran tizona de Martínez Campos—, han querido darse cuenta de la realidad en sus últimas colonias.

Cuando se derrumbó la República ya Martí se había graduado, precipitadamente, en la Universidad de Zaragoza. Allí estuvo con Valdés Domínguez, desde mayo de 1873 hasta noviembre de 1874, estudiando con ahinco para recuperar, a orillas del Ebro, el tiempo que en más de dos años de agitación apenas pudo dedicar a las aulas en Madrid.

Esa agitación; su salud siempre precaria; el pensamiento puesto en Cuba y un perturbador idilio que su propia conciencia le reprochaba —después lo pintará en su drama *Adúltera*—, lo habían hecho decaer como estudiante en 1872. Sólo aprobó dos materias, en otras dispuso no presentar examen y lo suspendieron en Economía Política.

La pena de verse reprobado; el desengaño que le produjo la República; la convicción de que era inútil pedir lo que sólo a fuerza se podía lograr; y el cumplir 20 años

sin esperanzas de título académico, sin nada en firme para que lo tomaran en cuenta Carlos Manuel de Céspedes, Ignacio Agramonte, Bartolomé Masó, Cisneros Betancourt, Máximo Gómez, Calixto García, Antonio Maceo y demás grandes líderes en armas, de uno al otro extremo de su lejana patria; toda esa inquietud febril, enervante, agotadora, de un predestinado en el exilio, hicieron que él y Fermín tomaran la decisión del traslado a Zaragoza.

Quería sincerarse Martí con sus amigos; no dar pábulo a que murmurasen de él sus adversarios. Y lo que no pudo hacer en la capital de la Península, logró realizarlo plenamente en el antiguo reino de Aragón. Asignatura tras asignatura, hasta completar el bachillerato. Licenciado en Derecho Civil y Canónico. Licenciado en Filosofía y Letras. ¡Todo en diecisiete meses! Y a continuación, con sus diplomas enrollados, ¡acercarse a Cuba!

* * *

México es lo más cercano de su patria en la tierra firme: a golfo de por medio. Allí lo esperan sus padres y sus hermanas. ¡México! ¿Acaso no se fundó en aquel país la Junta Protectora de la Libertad de Cuba y Puerto Rico? ¿Y no vivió José María de Heredia al lado de Guadalupe Victoria, después de la conspiración cubana de "Los rayos y soles de Bolívar"? ¿Y no fue su paisano Pedro Santacilia secretario de don Benito Juárez? ¿Y no encontraron tantos otros cubanos ilustres, a falta de patria libre, comprensión y simpatía en la hospitalaria tierra mexicana?

Desgarrado sale Martí de Zaragoza. Calor de hogar, afectos inolvidables encontraron él y su amigo Fermín en la vetusta ciudad aragonesa. ¡El pintor Gonzalvo! ¡Sus compañeros que lo despiden emocionados! ¡Y el

adiós tembloroso a Blanquita Montalvo, la "maña" rubia y bella, amor imposible porque el deber lo llama al otro lado del mar!

*Para Aragón, en España,
Tengo yo en mi corazón
Un lugar todo Aragón,
Franco, fiero, fiel, sin saña.*

*Si quiere un tonto saber
Por qué lo tengo, le digo
Que allí tuve un buen amigo,
Que allí quise a una mujer.*

Pocos días se detendrán los dos compañeros en Madrid. Cafés, tertulias, bulliciosos comentarios. Otra vez ríe José Julián, y le hace coro Fermín, con las cucharitas, el ingenio, los epigramas, la frivolidad alegre y contagiosa de los madrileños. ¡Martínez Campos será peor que el general Serrano! Y es que don Arsenio prepara la vuelta al trono de un nuevo Borbón: Alfonso XII, hijo de Isabel II.

¡La vieja dinastía que en 1879 será una sola con los Habsburgos, por las segundas nupcias del monarca con María Cristina de Austria, en cuyas manos perdió al fin España lo que aún le quedaba de imperio colonial!

Como Martí no puede embarcarse sin peligro en puertos españoles, Valdés Domínguez decide invitarlo y acompañarlo a Francia, respaldándolo en toda forma, con la esplendidez de un hermano acomodado. ¡En París celebrarán la Navidad de 1874! Y el 8 de febrero de 1875, después de visitar museos, admirar obras de arte, hablar con Víctor Hugo, practicar francés y tomar muchos apuntes, desembarca en Veracruz José Martí.

DOS AÑOS EN MEXICO

MEXICO será una doble revelación para el cubano insigne. La revelación fundamental de su América, de la América independiente que no había conocido, con sus gobiernos buenos o malos, pero propios. Y la revelación de la extraordinaria geografía que ha podido admirar, en su ascenso al altiplano, conforme bordea el ferrocarril las Cumbres de Maltrata.

“El contemplar tanta grandeza —escribe— me hizo un bien inapreciable. El hombre se hace inmenso contemplando la inmensidad y la belleza, y siente como que algo se le cae dentro del pecho y se arrodilla”.

De luto lo reciben en la estación sus familiares. Pocos días antes ha muerto Ana, la hermana menor, la preferida.

Le explica don Mariano con cuántas ilusiones lo esperaba; pero no pudo resistir la altura. “No quiero irme —decía— sin ver a Pepe”. ¡Y ya le fallaba el corazón —18 años de corazón—, y se quedó dormida!

En las pestañas del viejo celador de policía tiembla una lágrima. Lo abraza José Julián y cambia de conversación. A las preguntas del recién llegado responde el padre:

—Vamos tirando, hijo, vamos tirando. Tengo un contrato para suplir de uniformes al Ejército. ¡Es un ángel tu madre! ¡Cómo trabaja! ¡Cómo me ayuda! La casita que habitamos en las calles de la Moneda te parece-

rá un taller. Pero todo limpio. Todo en orden. No, no podemos quejarnos sin tentar a Dios.

En esa casita de la Moneda, junto con su madre y sus hermanas, para conocerlo y saludarlo, esperan al joven Martí algunas de las amistades que ha hecho la familia. Sus compatriotas Pedro Santacilia y Antenor Lezcano, que se saben de memoria *El presidio político en Cuba*. Y con ellos Manuel A. Mercado, cuyo afecto por Martí, como amigo y confidente, será uno de los más arraigados que tuvo el prócer en los veinte años, en los cuatro lustros tormentosos que le quedaban de vida.

Pocos días han transcurrido, y gracias a Mercado ya tiene Martí algún trabajo en “El Federalista”. Ingresa después en la “Revista Universal”: escribe gacetillas, corrige pruebas, sube a redactor, colabora en la página editorial con el pseudónimo de Orestes. Pero, sobre todo, gana simpatías y afectos perdurables en el brillante círculo de la ciudad de los palacios.

¿Sus amigos? Guillermo Prieto, Ignacio Ramírez o *El Nigromante*, Manuel Ocaranza, Francisco Sosa, Manuel Payno, Gabino Barreda, Ignacio M. Altamirano, José Peón Contreras, Gustavo Baz, Juan de Dios Peza, Manuel Gutiérrez Nájera, Justo Sierra, lo mejor y más selecto del arte, de la literatura, del pensamiento mexicano en aquella época. Se reúnen en diversos sitios. Y alguna vez en las calles de San Ildefonso, a donde se han pasado los Martí.

Ingresa como miembro activo en varios organismos culturales. Frecuenta las logias masónicas. Acude a conferencias y a tertulias. Discute, lo oyen, lo rebaten, pero siempre con estimación y con cariño. Polemiza en el Liceo Hidalgo. Y sin pedir ni esperar nada del Gobierno —por su respeto a la dignidad humana, casi sin conocerlo—, admira y defiende, de palabra y por escrito, al Presidente don Sebastián Lerdo de Tejada.

Va en esa forma y en ese ambiente ahondando a

México, impregnándose de México, sintiéndose cada vez más mexicano. Es decir, más hispanoamericano. Y más apasionado por la independencia, por la libertad de Cuba, de tal modo que su patria no siga siendo colonia, ni tenga esclavos, y pueda por fin agregarse al concierto triunfal de las repúblicas americanas.

* * *

Al hablar de independencia, recordará siempre con entusiasmo la epopeya de México, iniciada con el Grito de Dolores en 1810. ¡Cómo le impresiona la figura de don Miguel Hidalgo, cien años mayor que él! ¡Cómo soñará, cómo sentirá el anhelo de ser algún día semejante a Hidalgo; de tocar otra vez, allá en su Isla, como lo hizo Céspedes en La Demajagua, la campana de la libertad; de dar su sangre, “y que después hagan de él lo que quieran”, para que termine al fin la esclavitud! ¡Y quién le hubiera dicho que en 1953 celebrarían dos centenarios la América Española: el suyo y el segundo de aquel extraordinario sacerdote, a quien dedicó páginas inolvidables!

“...Desde niño fue el cura Hidalgo de la raza buena... Vio maltratar a los indios, que son tan mansos y generosos, y se sentó entre ellos como un hermano viejo... El cura montó a caballo, con todo su pueblo... Entró triunfante en Celaya, con músicas y vivas. Al otro día juntó el Ayuntamiento, lo hicieron general y empezó un pueblo a nacer”.

¿Después? El sacrificio que tanta significación tenía para Martí, cuando ya vencido se retiraba don Miguel al norte, con Allende y otros jefes de la insurgencia:

“...Iban juntos buscando amparo en su derrota, cuando los españoles les cayeron encima. A Hidalgo le quitaron uno a uno, como para ofenderlo, los vestidos de sacerdote... Lo sacaron detrás de una tapia y le dispa-

raron los tiros de muerte. Cayó vivo, revuelto en sangre, y en el suelo lo acabaron de matar. Le cortaron la cabeza y la colgaron en una jaula... Enterraron los cadáveres descabezados. ¡Pero México es libre!” (Pequeños extractos de la semblanza de Hidalgo, publicada por Martí en 1889, cuando vivía en Nueva York, pero gestada sin duda durante su permanencia en México).

Igual admiración le infunde Juárez, “aquel indio egregio y soberano, que se sentará perpetuamente al lado de Bolívar, y en quien el alma humana tomó el temple y el brillo del bronce”. O este otro apunte: “¡Tabaquero, bandido fue el indio Juárez, que echó un imperio al mar, y supo desafiar la pobreza con honor, y reconquistó y aseguró la independencia de su tierra!”

Nunca decayó la fervorosa reverencia de Martí por el humilde zapoteca de Guelatao, apenas comparable a su devoción por Lincoln, el humilde leñador de Norteamérica. Sin embargo, en su célebre discurso del 19 de diciembre de 1889, ante los delegados de lo que habría de llamarse Panamericanismo, reunidos en Nueva York, no pudo menos que exclamar:

“...Pero por grande que esta tierra sea, y por ungi-da que esté para los hombres libres la América en que nació Lincoln, para nosotros, en el secreto de nuestro pecho, sin que nadie ose tachárnoslo ni nos lo pueda tener a mal, es más grande, porque es la nuestra y porque ha sido más infeliz, la América en que nació Juárez”.

Con sus palabras quería Martí evitar que los pleni-potenciarios hispanoamericanos, tan dados a punibles complacencias por complejo de inferioridad, tomaran de pretexto al gran Presidente antiesclavista para cantar loas a su país, con fines que no eran los suyos ni los de Juárez, olvidando además los sufrimientos que ha padecido nuestra América.

* * *

Pero mientras vive y trabaja en *su Tenochtitlán*, impregnándose de México como se dijo antes, no sólo estudia Martí las costumbres y la evolución histórica del país; no sólo clama por el dolor de Cuba y por la guerra inacabable que la desangra, sino que se refiere también a otros muchos temas en sus crónicas y *boletines* de la "Revista Universal". Por ejemplo:

Conocer muy bien, de preferencia, lo que atañe a nuestros países. Enseñanza obligatoria. Trabajo bien retribuido. Crearle necesidades a la masa indígena, porque "de la necesidad viene la aspiración, animadora de la vida". Y "porque hasta que no se haga andar al indio, no comenzará a andar bien la América".

¡Y las disciplinas que tocan al espíritu! Música, pintura, poesía, en la que el joven revolucionario se va destacando de tal manera que será uno de los precursores de la nueva escuela. Después de escuchar al violinista antillano White —anotaciones de Benjamín Jarnés y de José de J. Núñez y Domínguez—, hace una crónica que no le va en zaga a la maestría del aplaudido mago del violín. ¿Crónica? ¿Crítica? Aclara Martí: "No cabe crítica de los poetas, ni crónica de lo que conmueve nuestro ser".

En sus artículos sobre la Exposición de Bellas Artes y la Academia de San Carlos, intuye el sitio destacado que tendrá en el mundo la pintura mexicana —"pulcritud en el dibujo, viveza de color"—, si los pintores deciden inspirarse en lo propio, en lo nacional, en "nuestros tipos y paisajes". ¿No es cosa de videncia? Su punto de vista:

"... Todo anda y se transforma, y los cuadros de vírgenes pasaron... Hay grandeza y originalidad en nuestra Historia: haya vida original y potente en nuestra pintura..." Entonces nos harían ver los pintores "la luz de Ximantecatli y el dolor en el rostro de Cuauhtemotzín"; y "cómo se contraen los miembros de los que

expiraban sobre la piedra de sacrificios"; y los movimientos de compasión y amargura en el rostro de doña Marina, "por el amor invencible a Cortés y la lástima de sus míseros hermanos".

Pensará de igual manera en relación con el arte de escribir: "México necesita una literatura mexicana... ¿Cómo quiere tener vida propia y altiva, el pueblo que paga y sufre la influencia de los decaimientos y desnudeces de la gastada vida ajena?"

Más adelante, en Guatemala, escribirá una carta interesantísima a su paisano José Joaquín Palma, en la que considera que "dormir sobre Musset; apegarse a las alas de Víctor Hugo; herirse con el cilicio de Gustavo Bécquer; arrojar en las cimas de Manfredo; abrazarse a las ninfas del Danubio; ser propio y querer ser ajeno; desdeñar el sol patrio, y calentarse al viejo sol de Europa... vale tanto como apostatar. ¡Apostasías en literatura, que preparan muy flojamente los ánimos para las venideras y originales luchas de la patria. Así comprometemos sus destinos, torciéndola a ser copia de historia y cuerpos extraños!"

Dos citas más: "... ¿A qué leer a Homero en griego, cuando anda vivo, con la guitarra al hombro por el desierto americano?"... "O la literatura es cosa vacía de sentido, o es la expresión del pueblo que la crea. Los que se limitan a copiar el espíritu de los poetas de allende, ¿no ven que con eso reconocen que no tienen patria, ni espíritu propio... sombras de sí mismos, que de limosna andan vivos por la tierra?"

* * *

Opina lo mismo acerca del teatro: "México tiene su vida: tenga su teatro... ¿Por qué en la tierra nueva americana se ha de vivir la vieja vida europea?" Y como desde niño con *Abdalá* y de adolescente con *Adúl-*

tera lo atraía la acción en el escenario, resuelve estrenar en el Teatro Principal su proverbio *Amor con amor se paga*.

Es el 19 de diciembre de 1875. Está radiante José Martí. Desde su palco le sonríe jubilosa doña Leonor. A don Mariano se le mueve el bigote y se le atosiga la voz en la garganta. Exito clamoroso del sutil sainete, y apogeo de un romance que se ha venido comentando: ¡El autor tiene puestos los ojos en la primera actriz Concha Padilla, y al calor de los aplausos arde lo que ya está en punto!

Se ha prendado también de la musa de poetas, letrados y artistas, Rosario de la Peña, como lo estuvo Manuel Acuña, como lo está el maduro don Ignacio Ramírez, como lo habrá de estar Manuel M. Flores. Pero se le apagan los amoríos con el amor de la que será su esposa, Carmen Zayas Bazán, cuyo padre cubano vive refugiado en México.

* * *

Casi dos años lleva de residir en el generoso ambiente del Anáhuac, querido, bien relacionado, con medios decorosos de vida, cuando triunfa el Plan de Tuxtepec y toma el poder don Porfirio Díaz, en noviembre de 1876.

Martí se siente mexicano. En sus *boletines* de la "Revista Universal", ha roto lanzas por el Presidente don Sebastián Lerdo de Tejada, quien no fue tirano, ni hombre de negocios en el poder, ni violó la libertad de sus compatriotas, por mucho que sus adversarios lo atacaran.

Podría quedarse el ya glorioso hispanoamericano en el país que le da hospitalidad, donde vive su novia, donde tiene amigos, trabajo, estimación.

¡Podría quedarse y no se queda! Sabe Martí que lo ahogará el caudillismo. Ya empiezan a llamarlo extranjero. ¡Y han surgido voces que lo injurian!

A su hermana Antonia, por otra parte, como sucedió con la menor, la perturba desde hace algunos meses el aire enrarecido del altiplano. ¡Y sus padres no pierden la ilusión de regresar a Cuba!

Todo lo ha pensado Martí. Lo ha discutido con los suyos, con Juan de Dios Peza, con Manuel Mercado, con Gutiérrez Nájera: las ventajas y los inconvenientes de su viaje; el riesgo que corre al llegar a La Habana; el desgarramiento que le ha de producir su salida de México.

Se decide, sin embargo, adelantándose a sus familiares. Irá con pasaporte a medias supuesto, a medias verdadero: su segundo nombre y su segundo apellido: Julián Pérez. Y ya resuelto, sobreponiéndose a la tristeza que lo domina, toma el tren hacia Veracruz el 29 de diciembre de 1876.

* * *

Salió Martí de México, pero ya nunca más podría salir México del alma de Martí. Cuando en el extranjero ataquen a la nación mexicana, será el primero en defenderla. Y cuando más adelante, en la desesperación de su cruzada por libertar, por salvar a Cuba y a las Antillas, tenga que dolerse por la actitud de gobiernos timoratos o de intelectuales interesados, a quienes adula "su vieja dueña España con literaturas y cintas... o bajo cubierta de academias felinas y antologías de pelucón"; cuando observe que personajes hispanoamericanos, "estatuas de ceguedad", se alzan de hombros o simpatizan con la monarquía española, sin darse cuenta del peligro que a todos nos rodea, señalará siempre, con fe y con esperanza, a México y a Juárez:

"No nos compunge andar un poco solos, en lo que se ve, sabiendo, como sabemos, que nuestro ejército está debajo de la tierra, y saldrá a su hora, y bajará del cielo,

pronto y bien armado; ni para consolarnos tenemos más que mirar al pueblo amigo de México, que es el que nos queda más cerca, donde anduvo de fuga el indio Juárez con sus treinta locos, que llamaron luego "inmaculados", de fuga por los montes, con un imperio a la espalda y una república rapaz al frente... Y la nación del indio fugitivo es hoy cortejada, como sagaz y como libre, como intelectual y como industrial, por los pueblos poderosos de la tierra... ¡Levanten el ánimo los que lo tengan cobarde!: con treinta hombres se puede hacer un pueblo".

Y dejará constancia, en estas palabras emocionadas, de su amor al país hermano que le dio hospitalidad y le hizo abrir los ojos hacia el pasado y el futuro de nuestra América española:

"¡Oh México querido! ¡Oh México adorado, ve los peligros que te cercan! ¡Oye el clamor de un hijo tuyo, que no nació de ti! Por el norte un vecino avieso se cuaja. Tú te ordenarás; tú entenderás; tú te guiarás; yo habré muerto, oh México, por defenderte y amarte; pero si tus manos flaqueasen, y no fueras digno de tu deber continental, yo lloraría debajo de la tierra, con lágrimas que serían luego vetas de hierro para lanzas, como un hijo, clavado a su ataúd, que ve que un gusano le come a la madre las entrañas".

GUATEMALA—CUBA—OTRA VEZ ESPAÑA

DESPUES de encontrar y abrazar a sus amigos de Veracruz, en donde recibe el año nuevo con la natural amargura de encontrarse lejos de los suyos, embarca Martí en *El Ebro*, el 2 de enero de 1877. El 6 lo tenemos ya en La Habana, sin que el nombre de Julián Pérez despierte en las autoridades la menor sospecha.

Sólo siete semanas permanece en su patria, poniéndose en contacto con viejos amigos, arreglando el traslado de su familia, palpando en la propia Isla cómo agoniza la *guerra grande*. ¡Nada hay que hacer! Está exangüe el país, solo en la pelea, con ciudades y regiones enteras arrasadas, en donde no queda vestigio de población masculina.

Ha sido tan pavorosa la cantidad de víctimas, de una y otra parte, que en la propia España se escuchan sordos rumores de protesta, de indignación contra el Gobierno, porque han perdido la vida más de cien mil soldados. Habrá que multiplicar la cifra varias veces, para tener idea de la matanza de cubanos, entre ellos muchos millares de negros esclavos, que se lanzaron de lleno a la guerra por su libertad.

Libres los había declarado el régimen de la República, establecido en la villa de Guaimaro en abril de 1869, con Carlos Manuel de Céspedes como Presidente, electo allí mismo por la Asamblea Nacional.

La abolición de la esclavitud y la República, desgraciadamente, no habían podido consolidarse, debilitadas con la muerte del prócer. En las montañas de San Lorenzo, al cabo de seis años de epopeya, cayó como un valiente el inmortal De Céspedes. Con las armas en la mano, desde octubre de 1868 hasta octubre de 1874, lo vio y lo siguió el pueblo de Cuba; lo vieron y lo siguieron los libertos, que por él y por tener patria se enfrentaban a los españoles.

Antes que Céspedes, había también rendido su tributo a Cuba, muerto en batalla, el dechado de lealtad y heroísmo que se llamó Ignacio Agramonte. Y muchos de los más valerosos dirigentes de la gran revolución. Y centenares de cabecillas rebeldes, aprehendidos por las autoridades militares y condenados, inmisericordemente, a la pena capital.

¡De momento —lo estaba comprobando el futuro libertador—, nada había que hacer!

Arreglada la situación de sus padres, no quedaba más camino que volver al destierro. Guatemala era en esos años un refugio. Allí estaba en su apogeo el movimiento de reforma, iniciado en 1871 por los caudillos liberales Miguel García Granados y Justo Rufino Barrios.

Ya el señor Valdés Domínguez le había escrito a México, ofreciéndole a Martí su ayuda y haciéndole ver las posibilidades que encontraría en el medio guatemalteco, donde trabajaban con desahogo, y eran tratados con respeto y con cariño, varios cubanos del agonizante régimen que se forjó al calor del Grito de Yara.

Con el respaldo del padre de Fermín —quien además era amigo personal del Presidente Barrios—, con sus cartas de recomendación y las de otros amigos, arregla Martí su pequeño equipaje. Y el 24 de febrero del 77, en el *City of Havana*, se aleja otra vez de su patria con dirección a la tierra del quetzal.

Largo viaje, lleno de interés para un estudioso y sagaz observador como Martí: de nuevo Veracruz, Progreso, oportunidad de visitar Mérida y pasarse unos días con sus amistades yucatecas. Isla de Mujeres, Belice, Livingston. Por donde pasa pregunta, admira, toma notas, que serán después bellos trabajos.

En abril ha llegado a Guatemala. Su compatriota revolucionario, el distinguido bayamés don José María de Izaguirre, lo recibe con efusión. ¿Qué mejores credenciales que *El Presidio Político en Cuba*? Dirige Izaguirre la Escuela Normal Central, y en sus aulas encuentra Martí sitio adecuado, previo nombramiento del Ejecutivo, como catedrático de Literaturas Extranjeras y de Historia de la Filosofía.

Igual que en México, pronto se hace de afectos impecederos. Lo traen, lo llevan, lo hacen vicepresidente de la sociedad literaria *El Porvenir*, pronuncia discursos emocionantes, escribe en los periódicos.

Apenas se estará quitando el polvo del camino, y ya el diario "El Progreso" ofrece publicar "un notable estudio sobre los códigos nuevos, escrito por el joven e ilustrado abogado cubano don José Martí. . . Llegado recientemente a Guatemala, muestra actividad extraordinaria al emitir juicio completo de los códigos, desconocidos para él hace poco, y estudiados ya y comparados en su esencia y en su forma, y en manera tan escogida que nada deja que desear".

En la misma edición, correspondiente al 22 de abril de 1877, reproduce aquel periódico la carta que con su estudio envió Martí a don Joaquín Macal, Ministro de Relaciones Exteriores. Párrafos esenciales:

"Mi respetable amigo: ¿Quería usted saber qué pensaba yo del Código nuevo, y ver algo de lo que dicen que yo he escrito? ¿Por qué me pide usted nada de lo pasado? La vida debe ser diaria, movible, útil; y el primer deber de un hombre de estos días es ser un hombre de su tiem-

po. No aplicar teorías ajenas, sino descubrir las propias.

"... Si de algo serví antes de ahora, ya no me acuerdo: lo que yo quiero es servir más.

"... Llego a Guatemala y la encuentro robusta y próspera, mostrándome en sus manos orgullosas el libro de sus Códigos; lo tomo, lo leo ansioso, me entusiasman su sencillez y su osadía.

"... Vengo a comunicar lo poco que sé, y a aprender mucho que no sé todavía. Vengo a ahogar mi dolor por no estar luchando en los campos de mi patria, en los consuelos de un trabajo honrado y en las preparaciones para un combate vigoroso.

"... Por sistema me tengo vedada la ingerencia en la política activa de los países en que vivo. Hay una gran política universal, y esa sí es la mía, y la haré: la de las nuevas doctrinas".

* * *

Lo mismo que en la noble tierra del Anáhuac, se está impregnando Martí de Guatemala. Visita y describe distintas regiones del país: Amatitlán, San José, la Antigua, Quezaltenango, Salamá; habla con los indios; cambia impresiones con gentes entendidas en café, caña, sementeras, ganadería, arte, arquitectura; estudia y analiza la producción literaria del país: Pepe Batres, García Goyena, Montúfar, José Milla, García Peláez, Lainfiesta; otros intelectuales y poetas están en sus apuntes, al lado de pintores, músicos y escultores de valía. ¡Y el clima! ¡Y el cielo azul! ¡Y un nuevo amor que empieza a comentarse en los círculos sociales!

Porque también hace vida de sociedad José Martí, y frecuenta la casa señorial y acogedora de don Miguel García Granados. Nace allí su idilio, su romántico idilio con María, la hija más bella y más dulce del patricio, "la niña de Guatemala, la que se murió de amor".

Lucha consigo mismo el antillano enamorado. ¿Acaso no está comprometido en México? Dos nombres y dos figuras acariacadoras le dan vuelta en la cabeza: ¡Carmen Zayas Bazán! ¡María García Granados! ¿No proclama él mismo que debe cumplirse la palabra empeñada?

Se retira Martí de las tertulias sociales del prócer guatemalteco. Se advierte su ausencia. Se le llama una tarde. "¿Alguien lo ha ofendido?" "¿No es como de la familia?" "¿No es amigo de la casa?" Y como respuesta le escribe entonces a María en su álbum, no en nombre del amor sino de la amistad:

*A ti va alegre mi canción de hermano.
¡Cuán otro el canto fuera,
Si en hebras de tu trenza se tañera!*

* * *

Termina el año 1877, y ha llegado otra vez a la capital de México José Martí. Ha hecho el viaje desde Guatemala, para contraer matrimonio con Carmen Zayas Bazán. Ausentes ya sus familiares, hacen los arreglos de la boda Manuel Mercado, sus demás padrinos y un grupo selecto de sus amistades.

En el Sagrario Metropolitano tiene lugar la ceremonia, el 20 de diciembre. Y en enero de 1878 ya está la joven pareja en Guatemala, y está de nuevo en sus cátedras José Martí. ¡Será por muy poco tiempo!

Justo Rufino Barrios, a quien lo salva ante la Historia el haber dado su vida por la unión de Centroamérica, se ha ido convirtiendo en dictador de Guatemala. El maestro Izaguirre ha tenido dificultades con el Gobierno, y desde arriba se le ha obligado a renunciar la Dirección de la Normal.

Martí, sin otros medios de vida que sus clases, con su mujer encinta, con buenas relaciones aunque no le

faltaran también sus adversarios, bien podía quedarse en el colegio, bien podía quedarse en Guatemala. Pero frente al caudillismo, frente a la dictadura, no puede titubear.

Envía su renuncia al Presidente, y sale de Guatemala el joven matrimonio el 6 de julio, dirigiéndose a Cuba por la vía de Honduras. A Cuba, porque desde el 19 de febrero de 1878 se ha firmado el Pacto del Zanjón y se ha ofrecido un indulto general. Y para que en el territorio de la gran Antilla les nazca a los Martí su primogénito.

¡Larga y penosa la jornada de Guatemala a Honduras! Varias semanas se detienen los viajeros en la república vecina. Embarcan por fin en el puerto de Trujillo, y llegan a La Habana el 3 de septiembre de 1878.

* * *

Al transcurrir de los años recordará Martí su permanencia en Guatemala, con gratitud y con cariño. No habrá de perdonarle su tiranía a Justo Rufino Barrios, ni la falta de humanidad con que "hacía caer apaleados a los sospechosos". Pero nunca confundirá a la nación guatemalteca con los falsos revolucionarios, por cuya culpa languideció y se corrompió el movimiento de reforma. He aquí unos párrafos de la portada a su folleto *Guatemala*, síntesis del sentimiento de Martí por la tierra del quetzal:

"...Yo llegué, meses hace, a un pueblo hermoso; llegué pobre, desconocido, fiero y triste. Sin perturbar mi decoro, sin doblegar mi fiereza, el pueblo aquél, sincero y generoso, ha dado abrigo al peregrino humilde. Lo hizo maestro, que es hacerlo creador. Me ha tendido la mano y yo la estrecho. Me da trabajo que es fortaleza, casa para mi esposa, cuna para mis hijos. Diré con mi palabra agradecida cuánto es bella, y fraternal, y próspera la

tierra guatemalteca, donde el trabajo es hábito, naturaleza la virtud, tradición el cariño, azul el cielo, fértil la tierra, hermosa la mujer y bueno el hombre".

Pero, sobre todo, dejó Martí a la posteridad el mejor homenaje, la más pura ofrenda de un poeta, que ilumina con sus versos a la tierra en que amó y fue bien querido; su ofrenda al romántico amor de una mujer que cerró los ojos al perderlo. Basten, como modelo, cuatro estrofas:

*Quiero, a la sombra de un ala,
contar este cuento en flor:
la niña de Guatemala,
la que se murió de amor.*

*Iban cargándola en andas
obispos y embajadores:
detrás iba el pueblo en tandas,
todo cargado de flores.*

*Como de bronce candente
al beso de despedida
era su frente —¡la frente
que más he amado en mi vida!*

*Se entró de tarde en el río,
la sacó muerta el doctor:
dicen que murió de frío:
yo sé que murió de amor.*

* * *

Dos meses después de su repatriación, el 12 de noviembre de 1878, radicados en La Habana, les nace el hijo a los Martí: José Francisco. ¡El único hijo de un matrimonio que pudo ser feliz si la independencia de Cuba

no hubiera estado de por medio! ¿Se quedará tranquilo en Cuba José Martí?

Ya vimos que el Pacto del Zanjón, firmado el 19 de febrero anterior, dio fin a la *guerra grande* y ha servido para evitar las represalias que se temían contra los patriotas. Martí podría desenvolverse en su país, tomar algunas cátedras en la Universidad, ejercer su profesión de abogado. Eso esperan sus padres, y lo desea su mujer ardientemente, y no es otro el criterio de sus parientes políticos.

De acuerdo con el pensamiento unánime de sus seres más queridos, trabaja entonces, nuestro gran Martí, en el bufete del licenciado don Miguel F. Viondi. Pasan los días, las semanas, los meses, y está el apóstol litigando, haciendo escrituras, revisando legajos. Mas conforme se le va el tiempo, le arde la sangre; y pronuncia discursos "literarios" de fondo peligroso; y su mujer le recuerda acongojada el peligro a que se expone y le señala al hijo.

Unos meses más, y ya lo tenemos conspirando. Juan Gualberto Gómez y otros revolucionarios serán sus compañeros. Advertidas las autoridades toman preso a Martí, el 17 de septiembre de 1879, al año de su regreso. Y ocho días después, el 25, se le deporta en el vapor *Alfonso XII* con rumbo a Santander.

En Madrid atiende algunos asuntos jurídicos del licenciado Viondi; habla con diferentes funcionarios; se convence de que no hay esperanzas de comprensión para Cuba, y sale como puede de la Península hasta llegar a Francia. En París hablarán con él muchos cubanos durante los últimos días de 1879.

NUEVA YORK—VENEZUELA—NUEVA YORK

Y ahora, ¿hacia dónde? ¿Hacia dónde, cerca de Cuba? Ni pensar ya en México. Ni pensar en Guatemala. Sueña con Venezuela, la patria del Libertador; pero allí la situación anda revuelta, y no podría ganarse la vida decorosamente. Además, debe reunirse con su esposa y con su hijo en lugar seguro.

Es entonces cuando resuelve el viaje a los Estados Unidos, el país de la libertad que abre sus puertas y le brinda amparo al inmigrante, al hombre de ambición y de trabajo.

Entre gentes extrañas, en alta mar, pasará el año nuevo. Y el 3 de enero de 1880 desembarca en Nueva York, la Babilonia de cemento y hierro, en donde podrá ganarse el pan e iniciar sus grandes campañas por la libertad de Cuba.

Palmo a palmo le hará frente a sus necesidades: artículos en la revista "The Hour", y no precisamente en castellano sino en inglés, con todo el trabajo que significa escribir en un idioma extranjero; crónicas para el diario "The Sun", clases, traducciones.

No olvida lo suyo. Se ha puesto en comunicación con emigrados cubanos. Ha tenido con ellos varias juntas. Ha dado una conferencia en el Steck Hall y se preparan otras. Sin embargo, está pegado a la tarea, trabajando en lo cotidiano, produciendo, porque es triple el conflicto moral y económico de este varón predestinado: su esposa

y su hijo, a quienes sueña con tener a la par suya; su madre y su padre, enfermo y achacoso don Mariano, quien no ha salido de pobre; y su propia, aunque modesta subsistencia, en la enorme y bulliciosa ciudad de subterráneos y de rascacielos.

Ciertamente que Martí ha encontrado en Nueva York una pensión de hispanoamericanos, en donde todos lo aprecian, y lo animan, y en donde la dueña de la casa, doña Carmita Miyares de Mantilla le da calor de hogar, lo admira y lo comprende. Mas esto es grave para él. Martí es hombre de afectos, dado a la ternura, amigo del hogar: "Fuera del hogar legal y normal, no hay nada".

Nuevo conflicto se le avecina. ¡Nuevo conflicto, que en el resto de su vida será el amor hondo y sincero de una gran mujer, de esta otra Carmen, compañera, amiga, animadora sin igual del prócer en su íntimo dolor, en su destierro, en su doble y lacerante amargura!

* * *

Se preocupa, medita, escribe varias cartas a su esposa, pidiéndole que con su hijito se le reúna en Nueva York. El licenciado Viondi suplirá lo necesario. Pero ella, dama irreprochable de alta sociedad, no se decide, titubea, quiere más bien que su marido regrese a Cuba. "Si se retira de la política, será el abogado de mayor clientela". Insiste Martí, hasta que a la postre, en marzo, la señora y el hijo llegan a la gran ciudad.

¿Ha fracasado la reconciliación? Martí sigue dando conferencias; se ha unido con el veterano general Calixto García, quien no estuvo de acuerdo con el Pacto del Zanjón; están los dos organizando a los refugiados y han establecido una junta revolucionaria.

Así no entiende la esposa el cumplimiento del deber, agotándose su marido, entregándose a lo que nada le produce, cerrándose además las posibilidades de establecerse en Cuba, en donde volverán a perseguirlo las autorida-

des de la metrópoli. ¡Y a vivir con sus padres regresa a La Habana doña Carmen Zayas Bazán de Martí, en noviembre de ese mismo año!

Cuando se le va su mujer, ha fracasado la insurrección del general García —la *guerra chiquita de 1880*—, que con relativa facilidad debelaron en la Isla las fuerzas españolas. Los ánimos están decaídos después de tanta sangre. Hay que esperar, hacer una tregua para el golpe final, usar la pluma y el verbo, convencer. ¡Cuando todos estén convencidos, será fácil vencer!

Abandonado de su esposa; con la nostalgia del hijo ausente; y con su problema sentimental en la casa de huéspedes que lo alberga, no ve Martí mejor salida que alejarse de Nueva York.

Otra vez la inquietante pregunta: ¿Hacia dónde? Lo sigue obsesionando Venezuela, cuna de Bolívar. ¡Hacia Venezuela, entonces, hacia la patria del Libertador!

* * *

En marzo de 1881 lo tenemos al fin en Caracas. Y antes de instalarse, tan pronto llega a la ciudad heroica, se dirige al monumento del más ilustre fundador de pueblos. Porque no hay duda, y así lo creen sus principales biógrafos, que el viajero a quien Martí se refiere en *La Edad de Oro* no es otro que Martí:

"Cuentan que un viajero llegó un día a Caracas al anochecer, y sin sacudirse el polvo del camino, no preguntó dónde se comía ni se dormía, sino cómo se iba adonde estaba la estatua de Bolívar. Y cuentan que el viajero, solo con los árboles altos y olorosos de la plaza, lloraba frente a la estatua, que parecía que se movía, como un padre cuando se le acerca un hijo".

A las pocas semanas de encontrarse en "tierra propia", da clases Martí en el colegio de don Guillermo Tell Villegas y en el de Santa María. Conmueve a la juventud con sus experiencias y sus enseñanzas. Visita y se

hace tertulio del gran valor moral e intelectual que fue Cecilio Acosta, a la sazón gravemente quebrantado. Hace amistad, a la vera del enfermo, con los más destacados escritores y artistas del país. Colabora en "La Opinión Nacional", dirigida por Fausto Teodoro de Aldrey. Y en la misma imprenta del periódico, en el mes de julio, empieza a publicar su "Revista Venezolana".

* * *

Sin embargo, no habrá de permanecer más que cinco meses en Venezuela José Martí. Su admiración por Cecilio Acosta, adversario del Presidente y General don Antonio Guzmán Blanco; el cálido elogio que hizo de aquel incorruptible pensador, en el segundo y último número de su revista, con motivo del fallecimiento del poeta; y los discursos y las conferencias del cubano, hacen arrugar el ceño al dictador.

Puede quedarse; seguir publicando la revista; mantener sus cátedras; escribir en los periódicos, si se somete a ciertas condiciones. ¡Puede incluso seguir exaltando a Bolívar, y a Hidalgo, y a San Martín, pero sin olvidar al General-Presidente don Antonio Guzmán Blanco!

La esquivéz fue la respuesta de Martí, su contestación a la sutileza con que desde la altura le llegaban las insinuaciones. Y así como salió de México por el caudillismo, así como salió de Guatemala por ser alérgico a la dictadura, salió también de Venezuela, para no vivir bajo un régimen que no era el que deseaba para Cuba ni para las demás repúblicas de América.

De nuevo la pregunta: ¿Hacia dónde? Piensa en La Habana, en su mujer y en su hijo, en sus padres, en el licenciado Viondi, en los Valdés Domínguez. Mas no da tiempo Guzmán Blanco para titubear: "¿No vino acaso de Nueva York?" —será su pregunta—. Y su decisión rotunda: "¡A Nueva York!".

El *Claudius* está en La Guaira, en maniobras para zarpar. Es el 28 de julio de 1881. Y sin que pueda Martí despedirse de sus amistades, precipitadamente, se le hace ir al puerto y se le embarca en el navío que habrá de conducirlo, otra vez, a la Babilonia en que "se vive a caballo en una rueda", y en que "los hombres no mueren sino que se derrumban".

* * *

No pudo despedirse Martí de sus mejores amigos venezolanos, pero dejó escritas para Venezuela estas palabras, por medio del señor Aldrey, director de "La Opinión Nacional":

"...Muy hidalgos corazones he sentido latir en esta tierra; vehementemente pago sus cariños; sus goces, me serán recreo; sus esperanzas, plácemes; sus penas, angustia; cuando se tienen los ojos fijos en lo alto, ni zarzas ni guijarros distraen al viajero en su camino; los ideales enérgicos y las consagraciones fervientes no se merman en un ánimo sincero por las contrariedades de la vida..."

"...De América soy hijo: a ella me debo. Y de la América, a cuya revelación, sacudimiento y fundación urgente me consagro, ésta es la cuna; ni hay para labios dulces copa amarga; ni el áspid muerde en pechos varoniles; ni de su cuna reniegan hijos fieles. Deme Venezuela en qué servirla; ella tiene en mí un hijo".

Y siempre fue hijo Martí de Venezuela, a la que en diferentes escritos y en magníficas conferencias consideró como "la madre de nuestras repúblicas..., con su bandera más limpia de sangre inocente, y más empapada de sangre gloriosa, que ninguna otra de las grandes banderas del mundo".

* * *

En la segunda semana del mes de agosto de 1881, procedente de Venezuela, atraca el *Claudius* en un muelle del Hudson. Desde entonces hasta el 31 de enero de 1895 —tres meses y medio antes de su muerte—, vivirá en Nueva York José Martí. Por segunda vez se ha instalado en la heterogénea urbe norteamericana, que sólo habrá de dejar temporalmente, a partir de 1891, durante sus viajes rapidísimos como Delegado del Partido Revolucionario Cubano.

La residencia de Martí en España, en México, en Guatemala y en Venezuela; su conocimiento de los Estados Unidos; su experiencia de la vida, sus penalidades, la tragedia íntima de su hogar deshecho, le han dado visión, fortaleza y tolerancia para ser el gran iluminado.

Hará de Nueva York su centro de actividades. Desde allí mantendrá contacto con lo más valioso de América. Y al cabo de pocos años, por su extraordinaria fuerza moral, su preparación y su talento, tendremos que este hombre frágil, menudo, pálido, enfermizo, a quien consume un fuego interno, es el motor de la inmigración cubana, y de cuanto se relaciona con la independencia de su patria, o con la cultura y la libertad de Hispanoamérica.

Se gana el pan como puede. En la firma de importación y exportación Lyons & Company. En la casa editorial Appleton. Dando clases de español en una escuela superior nocturna, que dirige el irascible George White.

Y en medio de tanto batallar escribe, escribe sin descanso: para "La Opinión Nacional", de Caracas; para "El Partido Liberal", de México; y de 1882 a 1891, durante nueve años, para "La Nación" de Buenos Aires, que lo nombra su corresponsal. Así asegura sus ingresos para lo indispensable y para los suyos, porque su mayor deseo es ayudarlos y tenerlos cerca.

Feliz se siente cuando le puede girar los pasajes a don Mariano, y llega el viejo de La Habana, y lo instala

y lo cuida el hijo en su pequeño departamento de Brooklyn. Desde septiembre de 1883 hasta junio de 1884, en que su padre regresa a Cuba, todo fue cariño, amistad y confianza entre el viejo celador y su brillante primogénito. Enfermo y achacoso seguía el buen don Mariano, hasta rendir su jornada en 1886.

Quiso entonces Martí estar al lado de su madre viuda, y con él se fue doña Leonor a Brooklyn, en donde el apóstol la mimaba con su filial ternura. Y le abrió su corazón, y comprendió la madre, y vio el sufrimiento y las razones de su hijo, pero la noble dama no tuvo palabras de censura para ninguna de las dos Carmitas.

Seguirá trabajando Martí, no sólo para producir lo indispensable, sino también para respaldar lo que no produce sino fama y alegría interior: discursos, conferencias, ensayos. Y versos para su hijo, *Ismaelillo*, libro que empezó a componer en Venezuela. Y más adelante sus *Versos Libres*. Y de julio a octubre de 1889 su admirable revista mensual para los niños, *La Edad de Oro* —escrita toda por él—, de la que sólo pudieron financiarse cuatro números. Y todavía, en 1891, la donosa limpidez de sus *Versos Sencillos*.

* * *

Su prestigio se ha ido haciendo continental. Se leen y se comentan sus crónicas. Se reproducen sus artículos en numerosos periódicos. En la propia ciudad de Nueva York dirige el semanario "La América". La Asociación de la Prensa de Buenos Aires lo nombra su representante en Estados Unidos y el Canadá. En El Salvador lo hacen miembro correspondiente de la Academia de Ciencias y Bellas Artes.

A partir de 1887 organiza el culto del 10 de octubre, en conmemoración del Grito de Yara. El 19 de diciembre de 1889 pronuncia su sensacional discurso en

la Sociedad Literaria, ante los delegados a la Conferencia Internacional Americana. Poco después es Cónsul del Uruguay, Cónsul de la Argentina, Cónsul del Paraguay.

Sin embargo, a pesar de esos nombramientos, no deja lo de Cuba: sigue dando conferencias, cohesionando a la inmigración, ganando voluntades, hasta que pone en movimiento a la Liga Patriótica Cubana, inaugurada el 22 de enero de 1890. Y ese mismo año, no obstante su labor revolucionaria, el Gobierno uruguayo lo designa como su delegado en la Conferencia Monetaria que se celebra en Washington.

Pero el débil organismo de Martí ya no resiste. Tiene que hacer un gran esfuerzo para cumplir tal cúmulo de obligaciones. ¡Y a su quebranto físico se agrega su gran pena moral! Ha hecho nuevos esfuerzos para reconstruir su hogar, para tener consigo a la mujer y al hijo, y en distintas épocas lo ha logrado. ¿Cómo iba a sospechar que el rompimiento definitivo se hiciera inevitable, precisamente cuando nada falta en la casa, cuando su situación es envidiable?

Honores, consulados, representaciones, son actividades en las que estará de acuerdo su mujer. ¡Pero volver a las andadas con la Liga Patriótica Cubana! ¡Y concurrir allí todas las noches, y dar clases y conferencias a los emigrados, y seguir agotándose, y echarse encima más responsabilidades, le parece a doña Carmen aberración o locura! Y sale para La Haban, un vez más, inopinadamente, y se lleva al niño, sin autorización ni conocimiento de Martí.

Siente el apóstol que se le acaba la vida. Varios días estará postrado en su lecho. Escribirá después a doña Leonor:

“Todavía no me siento con fuerzas para escribirle. No es nada; no es ninguna enfermedad; no es ningún peligro de muerte: la muerte no me mata. Caí unos

días cuando la infamia fue muy grande, pero me levanté. La gente me quiere y me ha ayudado a vivir... Mucho la necesito: mucho pienso en usted: nunca he pensado tanto en usted: nunca he deseado tanto tenerla aquí... Bueno: los tiempos son malos, pero su hijo es bueno... Nada más ahora: usted lo sabe todo...”

Y a un amigo: “Los pulmones se me quejan y el corazón salta más de lo que debe”.

* * *

Pero reacciona el prócer, venciendo a sí mismo: “Calzo las botas invisibles que de un tranco, como las del gigante del cuento, van del valle a la montaña”.

Y con esas botas invisibles quiere darse prisa. Fundar el Partido Revolucionario Cubano. Organizar la guerra de independencia sin nuevas dilaciones. No olvida ciertas palabras del maestro Mendive: “La verdad, que es fuente inagotable de toda elocuencia, está más en los hechos que en las palabras”.

Hemos llegado a 1891. Se van limando viejas asperezas. En 1884 habían ido a Nueva York los generales de *la guerra grande* Máximo Gómez, Antonio Maceo y Flor Crombet, dispuestos a lanzarse desde luego en una difícil aventura. Martí no estuvo de acuerdo con la hora inoportuna ni con los procedimientos. Se distanciaron; hubo amargas críticas para “el licenciado”, para “el doctor”, para “el poeta”. Sin embargo, al correr del tiempo comprendieron los militares que tenía razón Martí, y ahora se disponen a librar juntos la pelea.

El 10 de octubre de 1891 pronuncia el maestro su gran discurso en el Hardman Hall. Es el llamamiento a la guerra:

“Cuentan de un coronel que, en la hora fantástica de la alborada, venía a escape, sable en mano, sobre las filas de los invasores, cuando una bala de cañón le cer-

cenó, como de un tajo, la cabeza. Ni el jinete cayó de su montura ni bajó su brazo el sable: ¡y se entró por los enemigos en espanto y en fuga, el coronel descabezado! Pues así somos nosotros, amigos de la humildad y del sacrificio. ¡Entrese nuestro caballo por el invasor, y espántelo y derrótelo, aunque no se les vea a los jefes la cabeza!”

* * *

Protesta el Cónsul de España en Nueva York. ¿Cómo puede un funcionario consular decir impunemente lo que ha dicho el señor Martí? Renuncia entonces el apóstol sus consulados del Paraguay, del Uruguay y de Argentina. Renuncia la presidencia de la Sociedad Literaria Hispanoamericana. Renuncia a todo para iniciar la lucha.

A fines de noviembre está estremeciendo con su elocuencia a la inmigración de Cuba en Tampa. ¡Su discurso emocionante, el 26, en el Liceo Cubano! “Para Cuba que sufre, la primera palabra. De altar se ha de tomar a Cuba, para ofrendarle nuestra vida, y no de pedestal par levantarnos sobre ella... Alcémonos para que algún día tengan tumba nuestros hijos. Y pongamos alrededor de la estrella, en la bandera nueva, esta fórmula del amor triunfante: “Con todos y para el bien de todos”.

Allí deja fundada la Liga Patriótica, y establecidas las bases del Partido Revolucionario. ¡Fervor y entusiasmo en Cayo Hueso! Establecidas también las bases del Partido Revolucionario, el 3 de enero de 1892, y ratificadas a los pocos días en una velada histórica del Círculo Cubano.

Reunión en Nueva York el 24. Viaje a Santo Domingo para ofrecer el mando militar al general Máximo Gómez. Vuelta a Nueva York, en donde el 14 de

marzo funda Martí el periódico “Patria”, y queda definitivamente aprobada la constitución del Partido Revolucionario Cubano, el 10 de abril de 1892.

Al gran forjador de voluntades se le nombra Delegado. No quiere ser nada que implique dirección o presidencia. *Delegado*. Simplemente *Delegado*. Y va de un sitio para otro en ese año 92 de intensa actividad, venciendo su frágil naturaleza que una vez más lo hace guardar cama.

“Es imposible que este cuerpo no oiga mis ruegos. Que me deje andar. Que me deje pensar. Que me deje escribir. A veces la angustia es mucha y creo que acabo”.

* * *

Mas no acaba el grande hombre. En 1893 estará de nuevo con el general Gómez en Santo Domingo. Y de un tranco, “con sus botas invisibles”, pasará por Haití, por Jamaica, por Costa Rica, en donde gozan de hospitalidad Antonio Maceo y un grupo selecto de dirigentes cubanos. De allí a Panamá. Otra vez Tampa. Otra vez Cayo Hueso. Otra vez Nueva York, Filadelfia, Jacksonville, Nueva Orleans. “Quisiera ser relámpago y cubrirlo todo”.

En 1894 llega el general Gómez a Nueva York. ¡Hay que acelerar los preparativos! Noches enteras discute y traza el plan de campaña con el Delegado. La revolución brotará del país mismo. Los viejos jefes de la *guerra grande* llegarán de afuera con barcos y pertrechos. Urge otra entrevista con el general Maceo. Es indispensable prevenir a los demás jefes, diseminados en diversos países. Nuevos viajes de Martí: Filadelfia, Florida, Nueva Orleans, Costa Rica —en donde la fecha del movimiento queda convenida con Maceo—, Panamá, Jamaica, Nueva York.

¡Y no termina todavía! Faltan fondos. Un empuje

más. Piensa en México José Martí. Y en México lo verán sus amigos en julio de 1894, con la cara demacrada, con su traje raído, con su bombín de siempre, con su maletita de mano. Viaja en camarotes de segunda; se aloja en hoteles modestos; se mueve solo, sin secretarios, sin secretarías, sin los lujosos equipajes que suelen llevar consigo los políticos contemporáneos. Pide "caridad para Cuba".

Se impresionan sus amigos mexicanos: don Justo Sierra, Urbina, Peza, el yucateco Peón Contreras. Está exhausto Martí. Don Manuel Mercado, su entrañable amigo, entonces Subsecretario de Gobernación, lo saca del hotel para atenderlo en su casa. Todos le piden que se quede en México. ¡Inútil ruego! Seguirá su ruta el gran iluminado.

* * *

Año 1895.—Ya todo está dispuesto. Ya todo está en marcha. Pero el 10 de enero fracasa el plan de Fernandina, de donde zarparían hacia Cuba los barcos *Amadis*, *Lagonda* y *Baracoa*. ¡El movimiento ha sido denunciado y las autoridades norteamericanas deben ceñirse a las leyes de neutralidad!

Martí se derrumba de indignación y de pena, al comprobar que hubo un delator. Terrible noche pasa en Jacksonville. Reacciona. Se rehace. Se perderán los barcos: ¡mas he aquí que la policía se ha hecho de la vista gorda, y logran salvar los revolucionarios gran parte de los pertrechos! "¡En una cáscara de pino, en una uña se hará el transporte y se ganará la guerra!" Regresa el prócer a Nueva York.

29 de enero de 1895.—Orden para el levantamiento contra el régimen español. El 31 sale Martí de Nueva York y se dirige a Santo Domingo, para tomar las últimas medidas y reunirse con el general Máximo Gómez. El 7 de febrero llega por fin a Montecristi.

Recorren los dos la Isla dominicana. 24 de febrero: ¡Grito de Baire! Se organizan grupos. El fracaso de Fernandina sirve de experiencia para precaverse. El 25 de marzo está listo un documento extraordinario por su ponderación y su sentido humano, el *Manifiesto de Montecristi*, que firman Gómez, como Generalísimo, y Martí como Delegado.

"La guerra no es contra el español" —reza el Manifiesto—. "En los habitantes españoles de Cuba, en vez de la deshonrosa ira de la primera guerra, espera hallar la revolución, que ni lisonjea ni teme, tan afectuosa neutralidad o tan veraz ayuda, que por ellas vendrá a ser la guerra más breve, sus desastres menores, y más fácil y amiga de la paz en que han de vivir juntos padres e hijos. Los cubanos empezamos la guerra, y los cubanos y los españoles la terminaremos. No nos maltraten, y no se les maltratará. Respeten, y se les respetará. El acero responda al acero, y la amistad a la amistad".

Y este otro párrafo: "Más que saludarlo en la muerte (al español), quisiera la revolución acogerlo en vida; y la república será tranquilo hogar para cuantos españoles de trabajo y honor gocen en ella de la libertad y bienes que no han de hallar aún por largo tiempo en la lentitud, desidia y vicios políticos de la tierra propia. Este es el corazón de Cuba, y así será la guerra". En resumen, "voluntad de mirar como a cubanos, sin amargas memorias, a los españoles que por su pasión de libertad ayuden a conquistarla en Cuba".

El 1º de abril embarca el apóstol, con el general Gómez y otros compañeros, hacia la gran Antilla, deteniéndose en Cabo Haitiano. El 11 se interna el grupo en territorio de Cuba. El 5 de mayo logran reunirse, en Mejorana, las fuerzas de Maceo y de Gómez. ¡Dos semanas después, el 19, José Martí habrá cumplido su misión, bañado en sangre!

LA HONDA DE DAVID

CAMPAMENTO de Dos Ríos, 18 de mayo de 1895.
—Mientras los jefes militares echan un sueño en sus hamacas, y vigilan alrededor de Vuelta Grande los centinelas mambises, escribe su última carta José Martí.

“Mi hermano queridísimo —le dice a don Manuel Mercado—: Ya puedo escribir, ya puedo decirle con qué ternura y agradecimiento y respeto lo quiero, y a esa casa que es mía y mi orgullo y obligación... Ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber, puesto que lo entiendo y tengo ánimos con qué realizarlo...”

¿Y qué entendía por *su deber* el gran cubano? Sigamos leyendo su carta póstuma:

“Impedir a tiempo, con la independencia de Cuba, que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso. En silencio ha tenido que ser y como indirectamente, porque hay cosas que para lograrlas han de andar ocultas, y de proclamarse en lo que son, levantarían dificultades demasiado recias para alcanzar sobre ellas el fin”.

Hace luego hincapié en la urgencia de “impedir que en Cuba se abra el camino que se ha de cegar, y con nuestra sangre estamos cegando, de la anexión de los

pueblos de nuestra América al Norte, revuelto y brutal, que los desprecia”. Y agregará su frase famosa: “Viví en el monstruo, y le conozco las entrañas; y mi honda es la de David”.

Le cuenta después Martí al señor Mercado su conversación con Eugenio Bryson, corresponsal del “Herald”, quien había entrevistado al Capitán General, Martínez Campos. Este le hizo saber al periodista que “sin duda, llegada la hora, España preferiría entenderse con los Estados Unidos a rendir la Isla a los cubanos”.

El prócer, sin embargo, no pierde la fe, porque “la guerra de Cuba es una realidad superior a los vagos y dispersos deseos de los cubanos y españoles anexionistas”; y porque los Estados Unidos —bien les conoce las entrañas y la forma de no comprometerse sino con garantías y protocolos—, no aceptarán la anexión de un país en guerra, levantado en armas por su independencia. Pero teme, temerá siempre la intervención del poderoso, incluso en favor aparente de la independencia de Cuba, y no sólo por Cuba sino por “nuestras tierras de América”.

* * *

No eran infundados los temores de Martí. ¿Por qué no pudo independizarse la Isla al mismo tiempo que México, Centroamérica y la América del Sur?

¿Por qué siguió bajo el dominio de España y con el tráfico de esclavos, a pesar de las conjuras y los levantamientos de sus mejores hijos, como natural reflejo de la liberación haitiana y de la guerra continental de independencia?

¿Por qué fracasaron los preparativos de Bolívar y de Páez para ayudar a Cuba y Puerto Rico?

¿Y el movimiento libertario de 1837, y los que siguieron, y las expediciones de Narciso López, y la guerra grande de 1868 a 1878?

Bien sabía Martí, desde que estudiaba en la biblioteca del señor Mendive, que a la libertad de Cuba, como a la libertad de Puerto Rico, no sólo se opusieron las autoridades peninsulares, multiplicando las matanzas de campesinos y de los más destacados jefes rebeldes, sino también los poderosos intereses esclavistas norteamericanos.

Para la anexión, y no para otra cosa, esperaban momento propicio dichos intereses, como habían hecho con Texas, sobreviniendo las consecuencias que todos conocemos: la injusta guerra contra el país hermano y débil, desatada por el *Destino Manifiesto* del Presidente Polk; el Tratado de Guadalupe Hidalgo en 1848, y medio territorio de la nación mexicana cercenado.

Sabía también Martí que en ese mismo año recibió instrucciones el Ministro norteamericano Saunders, en Madrid, para que ofreciese al Gobierno español hasta cien millones de dólares por la isla de Cuba. Y no ignoraba que a partir de la epopeya de Céspedes, como reacción sin duda contra el despotismo intransigente de la corona española, y por la influencia cada vez mayor de fuertes monopolios norteamericanos —establecidos en el país y expertos en hacer su propaganda—, había tomado fuerza peligrosa el sentimiento anexionista en algunos círculos cubanos.

Ciertamente que la opinión pública de los Estados Unidos, ajena a las ambiciones de la banca y a las intrigas del Gobierno, simpatizaba con la lucha heroica de los cubanos por su independencia. Martí lo había podido constatar durante su larga permanencia en Nueva York. Pero la opinión pública no es la que decide en esta clase de conflictos, sino las autoridades. Y las autoridades se mostraban hostiles a los revolucionarios, alegando neutralidad.

En efecto, el Presidente Grover Cleveland y su Secretario de Estado, Richard Olney, eran enemigos rotun-

dos de la “perturbación de la paz en el Caribe”, según se desprende de una proclama oficial, fechada en Washington el 12 de junio de 1895, recién inmolado nuestro visionario apóstol.

Igual actitud asumió el Presidente McKinley, sucesor de Cleveland. Y no tuvieron mejor aliado ambos gobernantes, ni lo tuvieron los magnates de Wall Street, que el Arzobispo Ireland, de vehemencia tan anticristiana como la que hoy emplea el Cardenal Spellman, con fines semejantes y mucho rociar de agua bendita.

* * *

Fácilmente podrá entonces comprenderse cómo era lúcida la visión de nuestro grande hombre. ¡Lúcida y profética! Porque al fin y a la postre, con el pretexto de la voladura del *Maine* en la bahía de La Habana, el 21 de abril de 1898, estalló la guerra de Estados Unidos contra España. Y con la intervención del vecino poderoso, con su victoria sobre la marina y los ejércitos españoles, ¡lo que tanto temía Martí!: “la extensión de Estados Unidos por las Antillas”.

Y no sólo por las Antillas sino también por el Pacífico, gracias incluso a la indiferencia irresponsable o a la complicidad de los gobiernos hispanoamericanos, que con la excusa de la *madre España* pusieron oídos de mercader a los llamamientos insistentes del patriotismo cubano, cuando aún era tiempo de evitar lo que sucedería después.

Lo que sucedió después ya lo hemos visto. El dominio político, militar y económico de los Estados Unidos sobre una extensión inmensa, apenas comparable a la que México tuvo que entregar, en 1848, por el Tratado de Guadalupe Hidalgo. O sea que Washington redondeó, a precio más bajo y con mayores ventajas estratégicas y materiales, la proposición que cincuenta años antes había hecho a España el Presidente Polk.